

Sobre historia de ayer y de hoy...

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 277 – 11 de agosto de 2017

En este número

Te ofrecemos

1. También son tiempos de rezar, *Emilio Álvarez Frías*
2. Defensa de Millán Astray, *Guillermo Rocafort*
3. Revolviendo papeles, *José M^a García de Tuñón Aza*
4. Huele a 36, *Salvador Sortres*
5. Tertsch, Iglesias y el legado de Rajoy, *Pío Moa*
6. Contra la felicidad, *Sertorio*
7. El mito del consenso y el diálogo, *Amando de Miguel*

También son tiempos de rezar

Emilio Álvarez Frías

Tanto en el PSOE de Pedro Sánchez, como en Podemos de Iglesias, sin tener en consideración a los demás que les corean, pues son unos mandaos (=ir a por los «recaos», según el diccionario andaluz Fítitu), parece que han montado unas estructuras poco estables, ya que, goteo a goteo, se les va yendo el personal, cuando no es que se les revelan en grupo, como el caso de Ahora Madrid. Y no debe extrañarnos, ya que a pesar de lo mucho que graznan (RAE, dar graznidos, = gritar como los pájaros que emiten esos sonidos), hasta ahora no han presentado ningún programa político, ni bueno ni malo, limitándose a apuntar, de vez en cuando, qué es lo que van a destruir. Y eso no lleva a ninguna parte, aunque tengan cuantiosos fieles que les siguen sin darse cuenta de que les conducen a una situación similar a la de Venezuela. ¿Cómo están tan ciegos? ¿Cómo esas multitudes no recuerdan los hechos del año 36 y no ven a qué quedan reducidos países como Venezuela, a pesar de contar con importantes recursos naturales? Las tropelías de Maduro y sus secuaces son de todo tipo y continuadas, el país está prácticamente en paro, no cuentan ni con los más elementales alimentos o medicinas, la detención de personas y su encarcelación se produce sin que exista justificación y actúe la justicia, las manifestaciones son continuas y los muertos también, el incumplimiento de las leyes por parte del poder dirigente es el pan nuestro de cada día, la destitución de los órganos legalmente constituidos como el Congreso y su sustitución por otro elegido mediante una elección de andar por casa se lleva a cabo por la sola voluntad de su presidente, las grupos de



En Venezuela las manifestaciones son reprimidas con armas de fuego

choque chavistas asaltan el parlamento y siembran el terror en la calle,... Y eso es lo que ofrecen tanto el PSOE de Sánchez como el Podemos de Iglesias, a esa situación conducirán los cambios que propugnan.

Nosotros, como el resto de los españoles de bien, intentamos ser personas normales, coherentes, tranquilas, que aman a España y que desean que nuestros compatriotas consigan una estabilidad que les permita una vida holgada de acuerdo con el esfuerzo personal, sin creer en el señuelo de que todo se les dará sin prestar el trabajo necesario de acuerdo con sus habilidades y saberes. Y, sin embargo, los que patrocinan el cambio nos llevan por un camino que no parece muy prometedor, unos por desidia y los otros por ambiciones desmedidas y deseos poco recomendables.



En este mismo número hemos recogido algunos artículos que hacen un análisis sumamente gráfico del estado de la nación y la trayectoria que sigue gracias a las fuerzas políticas que hemos votado y que tan perjudiciales están resultando para la nación. Recemos para que el destino cambie de signo.

No siempre nuestro ánimo y deseo es salir a las calles de Madrid, andar por sus parques, o visitar sus alegres verbenas, ya que existen existen otras conmemoraciones que merecen ser tenidas en consideración, y por nada dejaríamos de celebrarlas. Cada lugar tiene su fiesta, en cada rincón hay unas costumbres dignas de mantener, cada paisano de cualquier tierra de norte a sur, de este a oeste nos muestra su idiosincrasia y nos enseña su forma tradicional de vida. Por ello, con todo respeto, y acompañado de un botijo de Manises del XIX, hoy nos acercamos a un lugar poco visitado, a un monasterio de las Damas Pobres, o Clarisas, a

celebrar la festividad de su fundadora, Santa Clara, para dedicarnos, con ellas, a la oración y la meditación. Y lo hacemos con humildad, como corresponde al estar en un cenobio de la segunda orden de San Francisco.

Defensa de Millán Astray

Guillermo Rocafort

Profesor de la Universidad de Comillas y veterano legionario (*El Diario de Sevilla*)

En las últimas décadas estamos asistiendo a una escalada de ataques verbales a la figura del Fundador de La Legión. Debemos reconocer que se ha convertido en una especie de «pelele histórico», el «pim pam pum» ante el cual cualquier escritor o político es capaz sin ruborizarse de realizar las más injustas de las comparaciones.

El último de ellos ha sido el poeta Eduardo Jordá, que lo ha comparado con Txapote, el asesino de Miguel Ángel Blanco, o la Fiscalía provincial de Madrid, que ha llegado al extremo de usar Wikipedia para desacreditar su figura (obviando que esa misma Wikipedia dice que la Fiscalía es un ente politizado), o el alcalde de Valencia Joan Ribó, que lo ha definido como el más sanguinario de los guerreros de la Guerra Civil, cuando Millán



Astray no tuvo ningún mando militar en dicho conflicto, o cuando el sindicato CSIF de Tráfico alude a su figura para atacar a la patronal del sector, o cuando desde las columnas de *El País* se

aplica una política de «tierra quemada» contra su persona, o la alcaldesa de Madrid, cuando se empeña bordeando la ley en quitar la calle que lleva su nombre en la capital desde 1924.

Pero más doloroso que lo anterior es constatar que los llamados a ejercer la defensa de su gigantesca obra son los que guardan silencio ante semejante linchamiento histórico.

Algo malo pasa en nuestra patria cuando se lleva a cabo una campaña sistemática de «quema de brujas» contra los héroes de nuestra nación y aún son más llamativos los elocuentes silencios que los más furibundos ataques.

La Ley de la Memoria Histórica es una losa para nuestro futuro; es imposible avanzar cuando se fomenta legislativamente el maniqueísmo sobre nuestro pasado.

Sobre nosotros se ha cernido un sistema de Apartheid histórico donde los llamados a defendernos son precisamente los guardianes en este campo de concentración cultural donde todos los días y a todas las horas hay un nuevo «auto de fe» inquisitivo contra nuestro pasado, una quema de libros contra todo lo que significa honor en nuestra historia.

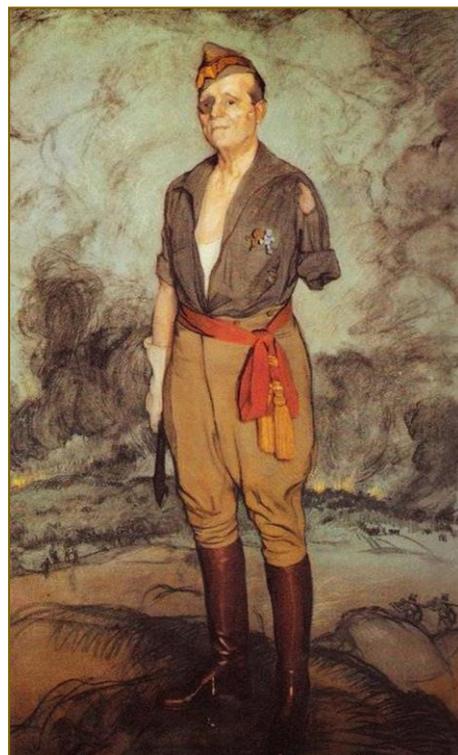
El general Millán Astray es un personaje sin duda controvertido; despierta enardecidas adhesiones o rechazos absolutos, pero la mejor manera de aproximarse a su figura es mediante el estudio ecuánime y racional de su vida y circunstancias.

Con 17 años luchó en Filipinas heroicamente por su nación, fundó en 1920 la Legión Española, la mejor unidad militar de España y de la OTAN, sufrió cuatro mutilaciones en su cuerpo en actos de combate y fundó a coste cero el Cuerpo de Mutilados por la Patria.

Es quizá el último gran hidalgo de la historia de España, comparable a figuras como el Cid Campeador o Viriato, un hombre que al estilo de Garcilaso de la Vega, Miguel de Cervantes o Luis de Camoes supo combinar a la perfección las Letras con las Armas; hablaba varios idiomas, tradujo libros al español como el *Bushido*, sus estudios de tratados castrenses son analizados en múltiples Academias Militares, recibió la Legión de Honor de la República Francesa, gracias a sus conocimientos de topografía fijó las lindes fronterizas entre España y Francia, pero sobre todo fundó la Legión Española, unidad militar donde decenas de miles de españoles hemos forjado nuestro espíritu a semejanza de nuestro fundador.

Por eso no comulgamos ni con los ataques y menos con los silencios, y por eso recomendamos efusivamente a los españoles que se acercan a él con altura de miras, no cayendo en el exabrupto fácil sino partiendo de la base de como se decía al comienzo de la película *Braveheart*, «la historia la escriben los que cuelgan a los héroes».

Pero de toda esa vida, lo que más nos emociona es su aspecto social, su ayuda a los más necesitados, de ver cómo fue capaz de convertir a anarquistas pistoleros en fervientes patriotas, de cómo salvó la vida a intelectuales de la talla de Diego San José, o cómo paró las sacas de presos republicanos en Salamanca en los primeros días de la guerra, de cómo le querían los pobres de Madrid en especial en el Barrio de Vallecas, porque Millán Astray nunca estuvo en actitud servil ante los poderosos sino que supo que su lugar estaba entre los despreciados por la Sociedad.



Y finalmente cómo se elevó a su muerte de la categoría de general de División a la de Legionario como se puede observar en su lápida, demostrando que su afán fue ser siempre el último en esta ingrata vida.

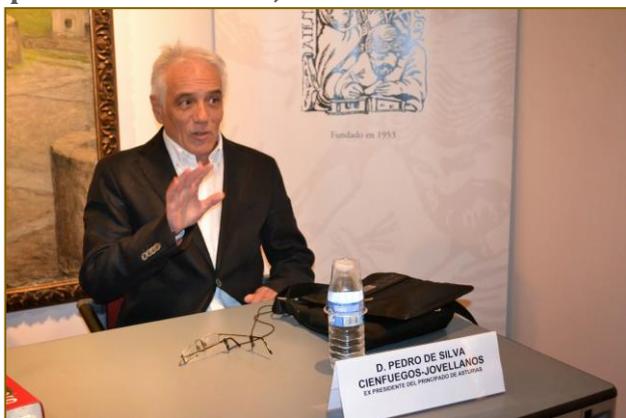
¿Cabe mayor grandeza y patriotismo?

Revolviendo papeles

José M^a García de Tuñón Aza

Hace tiempo que recorto y guardo en carpetas los artículos o comentarios que en periódicos o revistas hablen o citen a José Antonio Primo de Rivera. Después, de vez en cuando, suelo volver a leerlos a ver qué encuentro que podía tener olvidado. En esta ocasión di con un corto artículo de quien fue presidente del Principado de Asturias, Pedro de Silva, que terminó, como buen socialista, siendo consejero de dos importantes empresas asturianas, mientras el también socialista y demagogo Pedro Sánchez, con el puño en alto y bien cerrado, canta por toda España el himno oficial del Partido Comunista, del que hay versiones algo distintas: «Arriba parias de la Tierra atruena la razón en marcha es el fin de la opresión. Del pasado hay que hacer añicos legión esclava en pie a vencer el mundo ha de cambiar de base los que hoy no son nada todo lo han de ser...».

El artículo de Pedro de Silva, después de un juego de palabras donde mezcla fotos, con una ama de casa y un ejecutivo etc., pide la prueba del algodón para terminar preguntando por los versos de José Antonio: «¿Dónde están sus versos, señor poeta?». Pues mire Vd. señor ex consejero de grandes empresas. Hace unos años, un poeta de izquierdas, biógrafo de Picasso, llamado Rafael Inglada, reeditó, en dos ediciones, los poemas de José Antonio presentándolos con estas palabras: «Reducir, como a menudo se ha hecho, una figura como la de José Antonio, tan



discutida y tan rica en matices, a una sola faceta -la política-, es no sólo injusto, sino incluso y sobre todo opuesto a la verdad». En cuanto a que si José Antonio fue o no un poeta usted dice que no; sin embargo, Salvador de Madariaga, que padeció exilio, dice que sí. Cuestión de apreciaciones. Sobre su cita de si Falange fue un movimiento poético, le recomiendo lea al hispanista Stanley G. Payne y él se lo aclarará.

En la colección *Cara & Cruz*, de Silva ha escrito un trabajo sobre Largo Caballero uno de los mayores responsables de Revolución de Asturias. Hace algún tiempo, a este golpista, le han levantado un monumento, al lado de los Nuevos Ministerios de Madrid, mientras quitaban todos a José Antonio Primo de Rivera sólo por el afán de revancha de los socialistas que elevaron a lo más alto a quien dijo en un mitin pronunciado en la localidad de Linares, el 20 de enero de 1936, que «la clase obrera debe adueñarse del poder político convencida de que la democracia es incompatible con el socialismo. Y como el que tiene el poder no ha de entregarlo voluntariamente por eso hay que ir a la revolución». Largo Caballero, pues, es la gran esperanza de la revolución. Infinitos textos así lo confirman. Ya en 1931 se opone a un Gobierno sólo de republicanos: «Ese interés sólo sería la señal para que el partido socialista y la Unión General de Trabajadores lo considerasen como una provocación y se lanzase incluso a un nuevo movimiento revolucionario. No puedo aceptar tal posibilidad, que sería un reto al partido, y que nos obligaría a ir a una guerra civil». Y no se cansa de hablar de la «Guerra Civil», y la cita antes de las elecciones de 1933: «Se dirá: ¡Ah esa es la dictadura del proletariado! Pero ¿es que vivimos en una democracia? Pues ¿qué hay hoy, más que una dictadura de burgueses? Se nos ataca porque vamos contra la propiedad. Efectivamente.

Vamos a echar abajo el régimen de propiedad privada. No ocultamos que vamos a la revolución social. ¿Cómo? No nos asusta eso. Vamos, repito, hacia la revolución social... mucho dudo que se pueda conseguir el triunfo dentro de la legalidad. Y en tal caso, camaradas habrá que obtenerlo por la violencia... nosotros respondemos: vamos legalmente hacia la revolución de la sociedad. Pero si no queréis, haremos la revolución violentamente. Eso dirán los enemigos, es excitar a la guerra civil... Pongámonos en la realidad. Hay una guerra civil... No nos ceguemos camaradas. Lo que pasa es que esta guerra no ha tomado aún los caracteres cruentos que, por fortuna o desgracia, tendrá inexorablemente que tomar».

El historiador militar Martínez Bande, recordaría, muchos años después, palabras que Largo había pronunciado en Oviedo en junio de 1936: «Las finalidades concretas de este Ejército serán: sostener la guerra civil que desencadenará la instauración de la dictadura del



Largo Caballero en uno de sus incendiarios mítines

proletariado y realizar la unificación de éste por el exterminio de núcleos obreros que se nieguen a aceptarle». Este Ejército era, naturalmente, las milicias marxistas, es decir, el «Ejército rojo» que ellos mismos así se llamaban y así vitoreaban, a la vez que no cesaban de dar «¡Vivas a Rusia!». Las palabras de Largo respondían al programa que ya había publicado *Mundo Obrero* el 13 de febrero anterior, por eso el líder del PSOE recalcó que los socialistas no estaban separados del PCE por «ninguna diferencia grande. ¡Qué digo yo! No hay ninguna diferencia»¹, y así volvió a recordarlo en ese

mismo acto, asegurando que cuando Marx formuló aquellas palabras: «Proletarios del mundo, uníos, por algo lo dijo».

Pedro de Silva, que más que una biografía parece que escribió un mal tratado de metafísica, llegó a declarar después que Largo Caballero «fue un revolucionario sincero, honesto y consecuente y no se aprecian rupturas significativas en su trayectoria». Y con estas palabras de Silva, referidas a su compañero, se quedó tan tranquilo. Un compañero que siguió más al Marx del manifiesto de 1848 que al Marx abstraído en el British Museum para redactar *El Capital*.

Huele a 36

Salvador Sostres (ABC)

La obsesión antifranquista es folclore prebélico y la izquierda está sedienta de otro 36. Se intuye en Pedro Sánchez, se palpa en Podemos y no puede disimularse en Cataluña, entre Convergència y la CUP. Como hiciera Companys con la FAI, Puigdemont está armando a sus anarquistas, que hoy se llaman antisistema. Entonces con metralletas y hoy con complicidad y hasta con complacencia.



A la Colau la sobra turismo en Barcelona

Hace meses que en Barcelona todo fluye hacia el 36. Huele a sangre de revancha como siempre que la derecha catalana cree que la

¹ G. PAYNE, STANLEY: *La primera democracia española. La Segunda República, 1931-1936*. Ediciones Paidós. Barcelona, 1995, pág. 332.

izquierda será más nacionalista que izquierdista. Y la izquierda es radicalmente izquierdista cuando tiene que elegir. Y asesina, valga la redundancia, porque esta historia tiene siempre el mismo final y es que nos matan. Por católicos, por ricos o por envidia pero correrá la sangre y será la nuestra y nuestros los cuerpos amontonados en las cunetas.

La CUP quemando los autobuses del turismo es la CNT incendiando iglesias: cada época tiene sus «hits» y el mismo totalitarismo ha tenido a muchas y muy distintas víctimas a lo largo de los siglos.

No es nada que no merezcamos. Concretamente en Cataluña y en general en España hemos blanqueado a estos criminales aceptando el marco mental de la corrección política. Hemos renunciado a explicar que Hitler fue tan socialista como Stalin y si la exaltación del nazismo está penalizada, la del comunismo no sólo se permite sino que se fomenta y justifica bajo el argumento de que «como mínimo la idea era buena». Nos hemos dejado acomplejar por la izquierda y hemos renunciado a explicar sus crímenes, el crimen fundamental que la izquierda es y representa, el horror de la República, el hundimiento económico, moral y espiritual que conlleva el colectivismo atroz y la economía planificada. Hemos explicado la Guerra Civil como si no hubiera sido peor haber caído bajo la influencia del Pacto de Varsovia y el franquismo como si la llamada resistencia no hubiera sido más totalitaria que el propio Régimen. A los que tanta memoria histórica reclaman todavía no les hemos enfrentado a su monstruoso recuento de cadáveres.

Y todavía nos extraña que asalten autobuses o ensucien las plazas cuando lo verdaderamente incomprensible es que todavía no nos estén matando, que es lo que siempre hicieron, incluso cuando no les dábamos tantas facilidades ni tanta cobertura ideológica. Cataluña está a una mala



botella de vodka de que a alguien se le vaya la mano. La CUP hierve el caldo de cultivo de la violencia y no sólo la espera sino que la desea: ésta es su estética y su ética, 336.375 catalanes que lo sabían les votaron y la derecha les ha cedido el liderazgo, el método y el ritmo del momento escupiéndolo sobre la memoria de sus abuelos brutalmente asesinados.

En el conjunto de España el PSOE, como siempre la izquierda, prepara el gran sabotaje a la convivencia, a la libertad y la prosperidad por el golpista camino de demonizar a su adversario hasta convertirlo en enemigo. Es el viejo método socialista, previo al campo de exterminio o la checa, que son fruto de la misma autoría intelectual y no precisamente nuestra. Lo explica muy bien Primo Levi en *Si esto es un hombre*: y lo que explícitamente hicieron los nacional socialistas alemanes lo hace metafóricamente nuestro socialista nacional, Pedro Sánchez, para negarles al presidente Rajoy y al Partido Popular cualquier dignidad, hasta que cuando llegue el momento de fulminarlos parezca sólo el camión de la basura haciendo su trabajo.

Huele a 36 y es cuestión de tiempo, y de poco tiempo, que las metáforas se concreten en la noche en que vinieron a buscarnos.

Tertsch, Iglesias y el legado de Rajoy

Pío Moa *(La Gaceta)*

Algunos recordarán el caso de Zarrías, el socialista relacionado con tramas de corrupción, que votaba a cuatro manos o patas en el Senado. En plena orgía de abuelitos dijo que el suyo

había sido fusilado por los franquistas por haber sido un alcalde democrático. Alguien se ocupó de aclarar el asunto, y Arcadi Espada recordó que el abuelito del honrado Zarrías había sido fusilado, no por demócrata (no había demócratas en el Frente Popular, y menos en el PSOE), sino por estar complicado en unos cuantos asesinatos.

El caso del abuelo de Zarrías no es único o excepcional, es precisamente lo normal en los fusilamientos de posguerra. Casi siempre se olvida que los sicarios y chekistas del Frente Popular cometieron innumerables crímenes, torturas y asesinatos, también entre ellos mismos, a menudo con un ensañamiento y un sadismo que superan a los del Estado islámico actual, y desde luego a los excesos en el bando nacional; que fueron abandonados por sus jefes políticos, los cuales se preocuparon de huir con grandes tesoros expoliados a lo largo de la guerra, y que por eso fueron capturados, juzgados y sentenciados. Lo he tratado ampliamente en *Los mitos de la guerra civil* o en *Los mitos del franquismo*, para quien quiera más información

Después de bastantes años de propaganda, hoy nos vamos aproximando a las cifras reales de los fusilamientos. Nada de 200.000, 100.000, 80.000 y otros números dados por los especialistas en el embuste, que diría Gregorio Marañón. Hubo unas 22.000 condenas a muerte, la mitad de las cuales fueron conmutadas a cadena perpetua, una «perpetua» que normalmente no llegaba a los seis años. Seguramente hubo injusticias, dada la emocionalidad del momento, pero en conjunto eso fue lo que pasó. Sin embargo, para los golfos de la «memoria histórica» no se trata de criminales juzgados y ejecutados, sino de «luchadores por la libertad víctimas del franquismo». Con lo cual ya revelan los autores y ejecutores de esa ley totalitaria lo que entienden por libertad.

Y aquí entra el caso del periodista Hermann Tertsch, que lleva tiempo defendiendo verdades evidentes, pero dolorosas para los aficionados a la cultura de la falsificación histórica. Porque izquierda y separatistas, componentes de aquel Frente Popular salido de un brutal fraude electoral, no es que vivan en la mentira, sino que viven DE la mentira. Tertsch ha documentado cómo el abuelo de Pablo Iglesias participó en persecuciones y sacas de personas para ser asesinadas sin ningún delito concreto, cómo fue por ello condenado a muerte y conmutado a cadena perpetua de la que, como era normal, solo cumplió cinco años. La conclusión de Tertsch era lógica: el abuelo fue un criminal de los muchos de la época, y la admiración que le profesa Pablo Iglesias



Manuel Iglesias Ramón, Javier Iglesias Peláez, Pablo Iglesias Turrión

dice todo de este fulano, y nos informa también de lo que podría hacer si llegase al poder, como su patrón y también admirado Maduro, o los ayatolas, con los que Jcabalga contradicciones» como dice en su curioso léxico.

Una jueza ideologizada de las muchas y muchos que hoy deprimen la justicia en España (una institución muy desprestigiada en la opinión pública, hecho gravísimo en una democracia y al que apenas se da importancia en esta democracia fallida) ha condenado a Tertsch simplemente por decir una verdad que perjudica políticamente al nieto admirador del miliciano chekista. Porque, repito, autores y ejecutores de la «memoria histórica» no viven en la mentira, sino de ella.

¿Qué es Iglesias y su partido, en definitiva? Es un grupo proetarra, proseparatista, antiespañol, plagado de ignorantes e incultos, abortista (el aborto es la liquidación de vidas humanas indefensas), antifranquista (¡cómo no!), pro LGTBI, esa extraña y siniestra mafia cargada de odio que pretende regular y penalizar no ya la expresión de otras ideas, sino hasta de otros sentimientos que los suyos. Su «cabalgamiento de contradicciones» es también una buena

prueba de intrínseca corrupción. Ahora bien, pregúntense ustedes: ¿en qué se diferencia ese partido del PP, del PSOE o de Ciudadanos? Esencialmente, ideológicamente, en nada. Todos coinciden en las señas definitorias dichas, con la diferencia de que el PP, por ejemplo, ha continuado la labor de salvación de la ETA emprendida por ZP y ha financiado generosamente a los separatistas, cosas que Podemos no ha tenido ocasión de hacer todavía. En cierto modo esta fallida democracia se ha convertido en un régimen de partido único con cuatro variantes que pugnan entre sí simplemente por el poder y el dinero, sin otros valores o intereses superiores.



Si acaso cabe pensar que Podemos es menos hipócrita y en algunos aspectos más demencialmente demagógico que los otros. Y uno tiene derecho a preguntarse: ¿cómo unos individuos semejantes han llegado a tener tanta influencia? La respuesta es evidente: por su acceso privilegiado a los medios de masas. ¿Y quién le ha proporcionado ese acceso? También lo sabemos: el PP, que en cambio ha mostrado el mayor celo en acallar a partidos como Vox, que

podían hacerle la competencia. Para los maquiavelos de aldea que dirigen el PP, Podemos no es realmente la competencia, sino más bien una tabla de salvación. Hace pocos años, cuando la gente percibía como Rajoy era un discípulo aventajado de Zapatero, la indignación entre sus votantes crecía a diario. Pero llegó Podemos y se impuso el voto del miedo, tal como habían calculado los maquiavelillos. Podemos vive del radical ataque político al PP –pese a coincidir con él ideológicamente en casi todo– y el PP conserva y recupera votos gracias al miedo que la palabrería de Iglesias y cia suscitan entre los ilusos y los timoratos. De esta manera se crea un círculo vicioso en el que cualquier alternativa queda silenciada y anulada.

El balance de la gestión de Rajoy puede expresarse así: ligera reducción del paro (con peores condiciones laborales y menos derechos de los trabajadores) como elemento positivo. En cambio: un separatismo más masivo y más audaz; reducción del estado español a residual en varias regiones; más ETA en las instituciones y la agitación callejera; burla permanente del estado de derecho; menos soberanía, entregada «por grandes toneladas» a Bruselas y la OTAN; permanencia insultante de Gibraltar y abrumadora colonización cultural por el inglés; más LGTBI y amenazas a las libertades públicas; más «memoria histórica»; más deuda pública... En suma continuación agravada de la política de Zapatero.

Contra todas estas tendencias, presentadas desvergonzadamente como democráticas, es preciso luchar. El caso de la condena a Tertsch, entre esperpéntico y totalitario, exige la solidaridad activa de cuantos amamos la libertad y a España.

Contra la felicidad

Sertorio (El Manifiesto)

Decía el Arcipreste que por dos cosas trabaja el hombre, por el sustentamiento y por ayuntarse con *fembra* placentera. No era nueva tal proposición: viene de Aristóteles y seguramente la acuñó algún remoto sabio del paleolítico. Estos dos objetivos han dominado la vida de nuestra manada desde sus inicios y, pese a lo que podamos suponer, el sustento es lo principal: «*Thousands have lived without love, not one without wáter*», observó el agudo Auden. Comida y sexo fundamentan la vida humana y hasta el siglo XIX la ocupaban casi por entero, porque hemos pasado más hambre que Carpanta y porque la supuesta hembra



placentera es estrecha, cara, difícil y esquiva. La obtención de ambos objetivos costaba tantos trabajos –y tan efímero era su goce– que a nadie se le ocurría pensar que su conquista significaba la felicidad. Quien quiera una prueba, ahí tiene a los clásicos, en especial a Fernando de Rojas, Mateo Alemán y Quevedo.

La felicidad del viejo mundo consistía en tener dominados el estómago y el sexo. Estoicos y epicúreos venían a coincidir en que la autarquía del individuo era el mejor modo de existencia y que, por ello, los apegos y las necesidades naturales debían ser reducidas a su justo término y prudentemente domesticadas para conseguir la ataraxia, el sosiego, fin último de la *vita beata*, desde Horacio a fray Luis. El cristianismo no hizo sino seguir de manera extrema, casi como Diógenes, lo que en las escuelas helenísticas se hacía con moderación. La felicidad, ese imposible, sólo se podía encontrar en el cielo, y reservada para unos pocos: «*el Resto de Israel*», los justos; con implacable realismo, los Padres de la Iglesia vieron en este bajo mundo un valle de lágrimas. Tomás Moro tenía buenas razones para llamar Utopía (No-lugar) a su paraíso colectivista.

Tuvieron que ser los anglosajones –en la Declaración de Independencia de los EE. UU.– los primeros en señalar que la búsqueda de la felicidad es uno de los derechos inalienables del hombre. Basados en su simple credo mercantil, del que no hay mejor ejemplo que el astuto filisteo de Benjamin Franklin, la acumulación de un capitalito en una larga vida de éxito moderado bastaba para ser feliz. Felicidad y dinero, por lo tanto, van de la mano. Con la racionalidad económica y la *abstención* que el buen empresario hacía de los placeres presentes para obtener los beneficios futuros, los economistas clásicos reeditaban las máximas estoicas y cristianas en los crudos términos de la *ciencia lúgubre*, que era como se denominaba a la



Economía Política cuando Europa estaba civilizada. La búsqueda de la felicidad, para los anglos, no es sino poder instalar su pequeño o gran negocio y vivir moderadamente bien de él: el sueño americano. De ahí a la subcultura de Hollywood y al conformismo de los *happy endings* apenas hay un paso.

Todo esto empezó a cambiar a partir de Nietzsche y Freud. Con Nietzsche el ego humano se dispara y busca su afirmación absoluta, para lo cual debe tender siempre a un fin más alto, superarse sin cesar. Esa búsqueda permanente niega el sosiego de los clásicos. Freud bucea en el subconsciente y descubre que bajo la superficie de nuestro yo racional se

encuentra un abismo de deseos inconfesables, unas pulsiones imposibles de satisfacer porque, entre otras cosas, romperían el cuerpo social. La felicidad tendía a ponerse imposible y la vieja máxima de Voltaire, *il faut cultiver notre jardin*, parece la mejor forma de dejarse de complicaciones. Por otro lado, Marx, al tratar de la alienación, considera que es precisamente la estructura económica del liberalismo clásico la que impide al hombre la plena realización de sus facultades y lo condena a vivir explotado mientras su labor es rapiñada por unos cuantos depredadores de plusvalía.

Hasta ahora son los grandes nombres los que hemos utilizado como referencia, pero desde el siglo pasado éstos desaparecen y la sociedad de masas, la beneficiaria del *Welfare State*, va a imponer su versión de la felicidad con criterios técnicos y presuntamente objetivos. Los indicadores económicos proclaman la nueva verdad revelada y los estadísticos, sociólogos, urbanistas y médicos hacen de augures, arúspices y flámines. La América de Eisenhower, la

Alemania de Erhardt y la España de Franco empiezan a exhibir unos números (*indicadores económicos* en el hierático idioma de los tecnócratas) que forzosamente han de procurar la máxima felicidad al mayor número: un coche por familia, casa propia, protección contra las enfermedades, comida sobreabundante, vida sexual sana, maternidad bajo control... Son los años 50 y 60, aquel momento utópico de Occidente en el que la felicidad parecía a la vuelta de la esquina. Los números hablaban tajantes e irrefutables: la insatisfacción sólo puede albergarse en enfermos mentales porque tenemos las condiciones óptimas para el desarrollo del ser humano. La sociedad de consumo permite cumplir con la demanda del mercado y, a su vez, crear nuevas necesidades en un *círculo virtuoso* de crecimiento permanente.

En eso llegó el 68, un movimiento de niños que, pese al desprecio que nos puedan inspirar sus participantes, tuvo la virtud de dejar a los tecnócratas con un palmo de narices y manifestar que no son sólo la manduca y la coyunda los elementos esenciales de la felicidad. Había un anhelo de otra vida, de una forma más sana y menos competitiva de existir que, muy pronto, fue aprovechada por la extrema izquierda para minar las bases de la cultura occidental como nadie lo había hecho desde que san Pablo se puso a predicar en el ágora de Atenas. Para Freud, la civilización era un bien en sí misma, aunque por sus mecanismos de represión de los instintos produjera toda una serie de neurosis. Los pisaverdes del 68 decidieron que el viejo Sigmund era un carca y que toda nuestra civilización tenía un natural irremediadamente patológico. Había que liberar al individuo del Contrato social rousseauiano, romper sus cadenas y permitir su libre expansión. ¿Por qué la locura, los trastornos sexuales o las conductas aberrantes son



Cola para entrar en el Museo del Prado

desviadas? Por un simple convencionalismo social, por tabúes heredados de una tradición patriarcal y sexista, que es lo verdaderamente aberrante. Surgió entonces la apoteosis del yonqui, del delincuente, del asocial; Beckett, Lacan, Borroughs, Genet, la Beauvoir, Kinsey y demás tropa inundaron la ciénaga intelectual de las izquierdas académicas con una narrativa y una dogmática que sustituirán progresivamente al catecismo del gulag.

El hombre sin atributos, el individuo a solas, se convierte en el eje sobre el que gira el pensamiento contemporáneo, para el que su felicidad es la razón suprema. Y la felicidad, por naturaleza, es subjetiva; luego todo lo que

satisface al individuo en lo privado es bueno, aunque signifique dar rienda suelta a unos instintos y a unos comportamientos que se consideraban en nuestra vieja civilización como dañinos para el cuerpo social. El ejemplo más claro lo tenemos en la importancia desmedida que se da a la sexualidad, que ha pasado de ser un asunto puramente privado a convertirse en la ideología de género, credo oficial de Occidente, tan dominante y represora como una religión. O como en el arte, donde todo vale, dogma warholiano que sufrimos estoicamente y con forzoso ademán admirativo ante los bodrios que nos endilgan los galeristas. O los museos, degradados a la triste condición de grandes superficies culturales y rediles de ganado humano. De ahí también la emotividad histeroide de los discursos de quienes tendrían que guardar un mínimo de compostura: políticos, periodistas y demás *«líderes de opinión»*. No importa el qué se dice, sino cómo se dice y qué imagen percibe la masa. Los que tenemos una cierta edad hemos asistido a la degradación de los grandes periódicos, que hace treinta años publicaban importantes artículos de pensamiento que originaban las correspondientes polémicas. Hoy, son gacetillas que nos cuentan cotilleos políticos y deportivos, revelan los cotidianos latrocinios y nos recetan diez infalibles fórmulas para alcanzar el orgasmo. Pensamiento fuerte, ninguno. *Sic transit* la intelectualidad burguesa.

Este apogeo de la plebe feliz tiene mucho de *panem et circenses*, de un vaciado intelectual salvaje que favorece el desencadenamiento de los instintos, a lo que ayudan la publicidad y el consumismo, elementos necesarios para transformar al ciudadano en átomo inconsciente, terminal humana de una red informática universal. Los sueños de la izquierda extrema coinciden, asombrosamente, con los del supercapitalismo. El hombre librado a la conquista de la felicidad privada olvida los grandes fines colectivos, pierde voluntad de lucha y de sacrificio, porque siempre es más fácil seguir la vía de un hedonismo aparentemente fácil que comprometerse con las viejas verdades impopulares. Los europeos del siglo XXI, los grandes cobayas de este experimento, han perdido características que les eran propias y casi inseparables: el sentido del Estado y de la nación, pero también del honor, de la belleza, de la trascendencia y del respeto por las instituciones naturales. Todo sacrificado por una imposible felicidad narcisista de baratillo, que el *marketing* exhibe como una compra desenfadada de infinitos objetos en medio de un apocalipsis de música barata y colorines. Lo peor es que, una vez obtenidos, esos bienes nos acaban aburriendo en menos de una semana. Y de nuevo habrá que conectarse para encontrar más felicidad.

Circe, al final, ya tiene su piara.

El mito del consenso y el diálogo

Amando de Miguel (*Libertad Digital*)

La mentalidad democrática tiene muchas cosas buenas, pero hay una que puede dar lugar a grandes quebraderos de cabeza y de bolsillo. Es la idea, casi la obsesión a veces, de que los ciudadanos y sus representantes deben dialogar sin interrupción para ponerse de acuerdo en todo, cueste lo que cueste. Pero el disenso suele ser tan necesario como el consenso. Es más, la democracia es más bien la organización pública y pacífica de los desacuerdos en materia de utilidad pública o de bien común.

Dado que en España resultan hegemónicas las ideologías y creencias de izquierdas, es fácil argumentar que quienes no las admiten pasan por intolerantes. Es decir, la intolerancia para la izquierda se refiere a las dudas que puedan presentar los que no se sienten de esa cuerda. Me asaltan algunos ejemplos estrafalarios. La vacilación respecto a la teoría del big bang para explicar el origen del universo o referida a la que sostiene que la Tierra se calienta por efecto de la actividad humana. Así que somos intolerantes o cosas peores los que sostenemos tales cautelas. Entiendo que la calificación de «intolerante» no la debería hacer el que sostiene la posición contraria.



Otra ilustración. Domina en nuestro tiempo un cierto idealismo irracional al suponer que son siempre buenos los asuntos de importancia en los que la población o los políticos llegan a un acuerdo. Las aberraciones sostenidas por Hitler, Stalin, Castro o Maduro, pongo por caso, fueron apoyadas por una gran parte de sus respectivas poblaciones, aparte de la sumisión de los aduladores. Pero no por eso pueden pretender una alta justificación histórica y no digamos moral.

Es fácil suponer un gran consenso en la opinión respecto del principio de reconocer los méritos de las personas que acceden a los puestos profesionales, de responsabilidad o de mando. Pero lo más probable es la queja de muchos sujetos al suponer que los que destacan deben su posición al enchufismo y otras ventajas poco legítimas. Al mismo tiempo, esos mismos individuos quejosos pensarán que sus méritos propios no han sido muy reconocidos. Es así como un

principio tan susceptible de consenso, como es el del reconocimiento del mérito, se desvirtúa en la realidad.

Si lo que se quiere decir es que en la vida pública debe haber consenso y diálogo en lugar de violencia o de imposición, nada hay que objetar. Pero no es eso lo que sucede en todos los casos. Cuando los mandamases llegan a un acuerdo dialogado con quienes aspiran a mandar es porque ambas partes entienden que de esa forma defienden mejor sus respectivos intereses. Concretamente, unos tratan de conservar el poder y otros de acercarse a tan deliciosa meta. En esto como en todo, los que mantienen una opinión es porque les interesa hacerlo. El interés mínimo puede ser la simple coherencia. No es fácil explicar por qué intentamos ser tan coherentes con nosotros mismos, cuando la realidad nos dice que a lo largo de la vida cambiamos tantas veces nuestras opiniones.

En el fondo, las continuas apelaciones al consenso y al diálogo suelen esconder un cierto vacío de ideas sobre lo que conviene hacer o es más justo. «Hablando se entiende la gente», dice el pueblo, pero también es verdad que muchas veces el diálogo conduce o refuerza la falta de entendimiento, incluso el odio. La mitificación del diálogo puede esconder en ocasiones la incapacidad de los políticos para resolver los problemas de la gente, de los contribuyentes.

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.